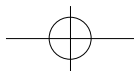
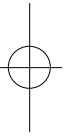
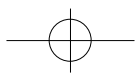
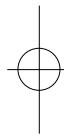
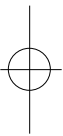




ACTO DE CLAUSURA





INTERVENCIÓN DE D. EDUARDO ZAPLANA

EXCMO. SR. D. EDUARDO ZAPLANAHERNÁNDEZ-SORO

Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales

Portavoz del Gobierno

Excelentísimos y Magníficos Rectores, Ilustrísima Sra. Decana de la Facultad de Filología y Señoras y Señores.

Yo quiero agradecer, también, la invitación que se me ha formulado para poder participar en este acto, que nos permite, una vez más, recalcar la importancia de la figura de Miguel Hernández y manifestar, como hemos hecho en reiteradas ocasiones, nuestro aprecio por su legado. No hace tanto tiempo, es verdad que más que el que yo quisiera, que participé en la actividad universitaria y, por tanto, tengan Señores Rectores, la absoluta convicción de que en absoluto me molestan las manifestaciones que, en el ejercicio de su libertad, han vertido los alumnos que con nosotros han compartido este acto.

Afortunadamente, las situaciones son distintas de aquella libertad por la que luchamos, y que perseguimos con gran esfuerzo, pues hoy es una realidad en nuestro país. Pero nos trae aquí esta mañana hablar de la figura de Miguel Hernández. El 28 de marzo de 1942 fallecía Miguel a la temprana edad de 31 años, ese gran poeta alicantino, oriolano, Señor Alcalde, y español universal. Y moría víctima de lo que en palabras de Unamuno podemos definir en que vencer no es convencer, y como consecuencia de lo cual numerosos intelectuales de ambos bandos perdieron la vida o fueron perseguidos o empujados al exilio; escritores como Miguel Hernández, fallecido como he dicho en las cárceles franquistas, como Federico García Lorca asesinado en Víznar, Josep Pla, Juan Ramón Jiménez, Ortega o el propio Azorín, huidos de la zona republicana. Son las víctimas de un pueblo que, como ha sido escrito, se había vuelto loco por la sinrazón y por el extremismo.

Y entre esas víctimas del odio entre los españoles se encuentra Miguel Hernández, uno de los poetas más brillantes de nuestro siglo XX, cuya obra y memoria debemos preservar como valioso legado para las generaciones futuras. Por ello, y muchos de los aquí presentes hoy lo saben, desde que en 1995 tuve el privilegio de poder acceder a la Presidencia de la Generalitat Valenciana, quise dedicar entonces todo mi empeño a fomentar el estudio, la investigación y la divulgación de uno de los más grandes autores de la tierra alicantina de la Comunidad Valenciana. Con este fin creamos en su día el Premio Internacional de Poesía que lleva su nom-

bre, Miguel Hernández, construimos y pusimos en marcha el Centro de Estudios Hernandianos junto a la casa en la que residió el poeta en Orihuela, en la que se ubica hoy la sede de la Fundación Cultural Miguel Hernández e iniciamos un proyecto de recuperación de los fondos orales, visuales y radiofónicos del poeta que estará a disposición de todos los visitantes en ese Rincón Hernandiano, y asumimos en su día el compromiso de restaurar la casa natal de Miguel Hernández, un compromiso para cuya realización prestaré mi apoyo y mi impulso personal. No quiero dejar de recordar también, y recordar con gran satisfacción, que hoy Miguel Hernández da nombre a la más joven universidad de la Comunidad Valenciana, cuyo Rector nos acompaña. Universidad que desarrolla algunas de las titulaciones, precisamente en la ciudad en la que él nació y vivió la mayor parte de su vida. Y es, asimismo, motivo de orgullo comprobar el extraordinario impulso que ha tenido la actividad de la Fundación Cultural Miguel Hernández, como se aprecia de modo patente en este II Congreso Internacional que ahora estamos clausurando. Aprovecho lógicamente esta oportunidad para agradecer su participación a todos los ponentes y a cuantos habéis hecho posible este evento tan importante. Y de entre todos vosotros, y todos ellos, quisiera destacar y manifestar de modo particular mi gratitud al Presidente de Honor del Congreso a don José Saramago, que es, quizá, el mejor exponente de la relevancia internacional de nuestro poeta. Sé que a lo largo de estos días han tenido ocasión de analizar distintas dimensiones de la obra poética de Miguel Hernández, pero desde la admiración del lector que ha sentido emoción por su poesía, me van a permitir que tome nota de su obra, que siempre me ha conmovido especialmente. En primer lugar, el sentido de la amistad que con tanta fuerza expresa el dolor desgarrador de la elegía a Ramón Sijé, en la que el poeta se despidió de su amigo recordándole “que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero”. Y en segundo lugar, su capacidad de convertir en poesía lo cotidiano y lo natural, o simplemente los colores de su tierra oriolana, una nota que está presente en toda su obra, e incluso en su etapa final, cuando enfermo fue capaz de escribir “Yo que creí que la luz era mía/ precipitado en la sombra me veo”. Y me van a permitir que concluya estas palabras volviendo al inicio de la intervención. Pienso que la muerte en la cárcel, en plena juventud, de este excepcional poeta es un recuerdo que todos debemos tener bien presente. Por contraste ha de llevarnos ahora a valorar con un gran éxito colectivo la convivencia que entre todos construimos en 1978. La Constitución española sintetiza el sentir de un pueblo maduro y responsable, conocedor de Historia que quería, como así ha sido, vivir, y vivir en paz. Y pretendía diseñar un marco en el que cupiéramos todos. Esto es lo que hemos logrado, y lo que nos enseñan muchas muertes como la de Miguel Hernández. Y este es el espacio de convivencia que hoy debemos preservar frente a quienes pretendan amenazarlo.

Yo no puedo dejar de recordar hoy que se han producido en estos últimos días iniciativas que, desde mi punto de vista, suponen una afrenta a la convivencia de todos los españoles. Sin ir más lejos, esta misma mañana se ha dado un paso más en esa dirección. Esta mañana hemos

conocido una circular de la Consejería de Educación del Gobierno Vasco en la que se tilda de inmigrantes a todos los estudiantes que no procedan de esa comunidad.

Bien, yo creo que tenemos que atajar esas situaciones y tenemos que hacerlas frente los que creemos que la sociedad no se debe dividir. Los que creemos que hay principios elementales básicos que siempre hay que defender como la libertad, la igualdad o el respeto a los derechos fundamentales. Lo que creemos que atacando a la Constitución lo que se hace es atacar a la base fundamental y esencial de nuestra convivencia. Por eso la figura de Miguel nos invita, como la de tantos otros españoles, a apartarnos de este odio fratricida que acompañó a nuestro país, que acompañó a España durante muchos años. Nos invita a defender el sistema de libertad y de convivencia, del que afortunadamente hoy disfrutamos; a defender la universalidad, a enfrentarnos sin titubeos a la barbarie, a la sinrazón, a la intolerancia y, siempre, a la falta de libertad y a conseguir que nunca más un español pueda perder la vida, por la defensa de unas ideas. Muchas gracias.

